

José Joaquín Fernández de Lizardi

DON CATRÍN DE LA FACHENDA

edición
María Eugenia Mudrovic

☞ - STOCKCERO - ☞

Foreword, bibliography & notes © María Eugenia Mudrovcic
of this edition © Stockcero 2009
1st. Stockcero edition: 2009

ISBN: 978-1-934768-29-7

Library of Congress Control Number: 2009940101

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

INDICE

Introducción	viii
<i>Don Catrín de la Fachenda</i> o el orden colonial que fracasa	
1. <i>La sociedad novohispana a principios del Siglo XIX</i>	viii
2. José J. Fernández de Lizardi y la vida cultural de una sociedad en transición	xi
3. <i>Don Catrín de la Fachenda: La novela postergada de Lizardi</i>	xv
4. <i>Entre dandies y catrines... esos hombres irreligiosos del futuro</i>	xviii
5. <i>Lucha épica entre padres y amigos</i>	xxiv
Obras citadas	xxviii
DON CATRÍN DE LA FACHENDA	
Capítulo 1	3
<i>En el que hace la apología de su obra, y da razón de su patria, padres, nacimiento y primera educación</i>	
Capítulo 2	9
<i>Describe la figura de su tío el cura, y da razón de lo que conversó con él y con su amigo Precioso, y sus resultas</i>	
Capítulo 3	15
<i>En el que se refiere cómo se hizo cadete: las advertencias de su tío el cura, y la campana de Tremendo</i>	
Capítulo 4	21
<i>Dase razón del fin de la campana de Tremendo: desafía éste a Catrín, y se trata sobre los duelos</i>	
Capítulo 5	27
<i>Largo pero muy interesante</i>	
Capítulo 6	37
<i>En el que se verá cómo empezó a perseguirlo la fortuna, y los arbitrios que se dió para burlarse de ella</i>	

Capítulo 7	45
<i>Emprende ser jugador, y lances que se le ofrecen en la carrera</i>	
Capítulo 8	49
<i>Refiere la disputa que tuvo con un viejo acerca de los catrines, y la riña que por esto se ofreció</i>	
Capítulo 9	55
<i>Escucha y admite unos malditos consejos de un amigo: se hace más libertino, y lo echan con agua caliente de la casa del conde de Tebas</i>	
Capítulo 10	61
<i>El que está lleno de aventuras</i>	
Capítulo 11	68
<i>Admite un mal consejo, y va al Morro de La Habana</i>	
Capítulo 12	72
<i>En el que da razón del motivo por que perdió una pierna, y cómo se vio reducido al infeliz estado de mendigo</i>	
Capítulo 13	77
<i>En el que cuenta el fin de su bonanza y el motivo</i>	
Capítulo 14	83
<i>En el que da razón de su enfermedad, de los males que le acompañaron, y se concluye por ajena mano la narración del fin de la vida de nuestro famoso don Catrín</i>	
Conclusión	88
<i>Hecha por el practicante</i>	

INTRODUCCIÓN

Don Catrín de la Fachenda O EL ORDEN COLONIAL QUE FRACASA

Fashion, which indeed's the best
 Recommendation; and to be well drest
 Will very often supersede the rest.

LORD BYRON

I. LA SOCIEDAD NOVOHISPANA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

Considerada la época de oro de la colonia, la segunda mitad del siglo XVIII fue un período de relativa opulencia para la Nueva España. La minería que hacia 1770 constituía la base del sistema exportador mexicano, llegó por entonces a triplicar la cantidad extraída de oro y plata alcanzando cifras equivalentes al total de la producción agrícola-ganadera, un sector que, en contraste con el minero, atravesaba una situación más precaria y menos promisoría. Con ganancias sujetas a la fluctuación caprichosa de precios, los hacendados (en su mayoría criollos) se veían además afectados por los altos préstamos e hipotecas que gravaban sus tierras. La iglesia que actuaba de entidad prestamista para el sector rural, consolidaba de este modo su relación de dependencia económica con la élite criolla a la vez que redoblaba los alcances de su poder latifundista (según cifras de Lucas Alamán a principios del siglo XIX el alto clero era dueño de la mitad de los bienes raíces de la Nueva España). Pero ni la iglesia ni los hacendados se beneficiaron del crecimiento derivado del auge minero de fines del Siglo XVIII sino el sector comercial controlado por unas cuantas firmas exportadoras asentadas en Veracruz y en la ciudad de México que gracias al decreto de «comercio libre» de 1778 habían logrado emerger como el sector económico dominante.

Aunque celebrada, la sensación de bonanza fue pasajera. A fin de financiar las guerras en que estaba enfrascada, la corona española no tardó en introducir una serie de medidas administrativas tendientes a aumentar la recolección de impuestos y exacciones provenientes del Nuevo Mundo. Tan pronto como fueron implementadas en 1786, las reformas impositivas empezaron a arrojar dividendos considerables. Se calcula que a principios del Siglo XIX, las colonias enviaban casi 10 millones de pesos anuales a España en concepto de impuestos (de los cuales las tres cuartas partes procedían de la Nueva España). «La explotación colonial –afirma Villoro– había llegado a su punto máximo» (598). La iglesia, y junto a ella, los hacendados que dependían de sus préstamos e hipotecas –es decir, los sectores que al carecer de capacidad para acumular capital, fueron los más castigados por la sangría impositiva– protestaron repetidas veces contra las reformas y solicitaron sin éxito la reducción de impuestos. Como toda respuesta, en diciembre de 1804 un decreto real ordenó la efectivización de las hipotecas existentes, imponiendo así una medida que, de acuerdo a cifras estimadas de la época, afectaba a más de dos tercios del capital productivo de la Nueva España y dejaba en la ruina a gran número de propietarios rurales y pequeños industriales beneficiados hasta entonces por el sistema de créditos a largo plazo.

Los efectos de la célula real de 1804 no tardaron en hacerse sentir, sobre todo, en los grandes centros urbanos. Las ciudades se vieron (literalmente) invadidas por la llegada de mano de obra rural en busca de trabajo lo que contribuyó a agudizar aún más los ya pronunciados contrastes sociales. Según Abad y Queipo, a principios del siglo XIX el 68% de la población mexicana vivía con un ingreso promedio anual de 50 pesos, el 22% con 50 a 300, y el 10 restante, con entradas ilimitadas. Humboldt, asombrado por «la tremenda desigualdad en la distribución de la riqueza, de la civilización, del cultivo de la tierra y de la población» existente en la Nueva España llegó a estimar que por lo menos 30 mil «desocupados, harapientos y miserables» pululaban en las calles de México (cit. en Villoro 602). El desordenado crecimiento demográfico que registraron las ciudades había alcanzado proporciones tan alarmantes que terminó por convertirse en uno de los desafíos prioritarios para la poco antes «opulenta» sociedad novohispana.

El sector que se sintió más amenazado a causa de la oleada de desocupados que arrojó el boom minero y las reformas borbónicas de 1804 fue, sin duda, la franja intermedia a la que Abad y Queipo atribuye poco más del 20% del total de la población. Formada por criollos descendientes de familias con ninguna o escasa fortuna, y alejados del trabajo manual al que consideraban deshonoroso, esta franja que engrosaba las filas de la abogacía, el comercio, la administración pública, la medicina y el bajo clero había llegado a consolidar una «pre-burguesía urbana» (Salomon) que, creciendo a la sombra del sector servicios, podía definirse como económicamente improductiva, políticamente ambigua, y culturalmente ilustrada. Se trataba, para usar las palabras de Villoro, de una «élite intelectual unida por la insatisfacción común [que] acaparaba un arma terrible: la ilustración, depositada casi toda ella en sus manos» (602).

Poniendo a prueba una tenacidad que solo puede calificarse de enconada, José Fernández de Lizardi encarnó las inseguridades y contradicciones de esta clase media criolla en momentos en que la misma trataba de imaginar cuál sería su nuevo rol político, económico y social dentro de una sociedad en plena transición. Autor de 4 novelas, 9 obras teatrales, 6 periódicos, 4 calendarios, 2 volúmenes de diálogos y uno de poesía, Lizardi «escribió para comer» desafiando una lógica cultural que, dominada aún por el mecenazgo, no parecía estar preparada para aceptar la relación horizontal entre escritura, trabajo, y mercado que Lizardi explotó entonces sin temor al escándalo. Respondiendo a la encrucijada planteada por el pasaje de un siglo al otro, fue un escritor pragmático e idealista, anticlerical y católico, conservador y liberal, tratando así de conciliar las seguridades que irradiaba el *status quo* colonial y las incertidumbres que la clase media sintió ante la inminencia del nuevo estado independiente. A lo largo de una vida desbordada de inconstancias e indecisiones, libró no pocas batallas que mostraron el grado de vehemencia del «sacerdote laico» en el que, según Jean Franco, había llegado a convertirse (19). La más ardua de esas batallas fue sin duda querer cambiar el destino de ese sector medio empobrecido al que pertenecía y al que creyó moral y socialmente asfixiado bajo el peso de los excesos, el derroche y el ocio.

2. JOSÉ J. FERNÁNDEZ DE LIZARDI Y LA VIDA CULTURAL DE UNA SOCIEDAD EN TRANSICIÓN

Durante 1810 y 1820 –período en torno al cual se centra el grueso de la producción de Fernández de Lizardi– la actividad periodística en México alcanzó una intensidad no siempre reconocida. Sólo en la capital se llegaron a publicar un total de cuarenta periódicos aunque la cantidad no siempre (y menos en esta época) llegó a reflejar la calidad de lo que circulaba. Alfonso Reyes habla de la «mucha letradura» pero del «escaso valor artístico» de un campo intelectual que en los albores del siglo XIX se veía revitalizado por «zumbones redactores» del *Diario de México*, epigramistas, y críticos «sabridillos y alegres» entre quienes se destaca José Joaquín Fernández de Lizardi.¹ Periodista, reformador, polemista, poeta, novelista, fundador y único redactor de acaso demasiados periódicos que llegaron a durar menos de lo que duraron sus primeras aspiraciones, Lizardi vivió de lo que escribía («la suerte ... lo ha reducido al doloroso estado de escribir para mal comer» afirma su biógrafo Jefferson Rea Spell [16]) en momentos en que semejante desafío o menester no sólo parecía insólito sino también resultaba mal visto. El precio que debió pagar no era para desdeñar. Se trataba, después de todo, de un negocio de muy modestos ingresos: Lizardi vendía sus composiciones en pliegos sueltos de 4 a 16 páginas a un precio promedio de real y medio. Escritor dependiente del mercado, Jean Franco lo llama «hombre nuevo de la época» no tanto porque usa el pensamiento laico como crítica o instrumento de reforma sino porque tuvo la audacia de hacer del dinero (y no de la honra ni de la dignidad) el estímulo central de su trabajo intelectual.

A este México conmocionado aún por las reformas borbónicas, llegaron los rumores de la invasión napoleónica a España. De esta época data el primer intento separatista que terminó con la expulsión del Virrey Iturrigaray y el encarcelamiento de aquellos miembros de la élite criolla que se habían declarado partidarios de formar una junta local mientras Fernando VII estuviera en prisión. Una reacción de tal calibre sólo podía indicar que en 1808 no estaban dadas aún las con-

1 Desde su fundación en 1805, el *Diario de México* se dedica a la crónica social (la política era entonces monopolio de la *Gaceta*), reuniendo en sus páginas lo más selecto de la Arcadia Mexicana, un cenáculo de poetas que a principios del siglo XIX cultivaba la poesía pastoril con devoción casi religiosa. Para un estudio de la primera época del *Diario*, consultar el trabajo de Ruth Wold (1970).

diciones para pensar un México desvinculado políticamente del aparato imperial. La clase media criolla a la que pertenecía Fernández de Lizardi, lejos de favorecer un cambio radical, parecía dispuesta a apoyar un reformismo cauteloso si se lo compara con el impulso insurgente que dos años más tarde iban a desplegar Hidalgo y Morelos al frente de la única revolución independentista de corte popular que tuvo lugar en la América Hispánica. «Yo no quiero por ahora Independencia» afirmará Lizardi bien avanzado el año 1821 (Chencinsky 51).² Varios años antes había dejado registro de su rechazo a los rebeldes en dos poemas poco citados que escribió ni bien iniciada la insurrección. En «Aviso patriótico a los insurgentes a la sordina» trata a los revolucionarios de «hipócritas desleales,» «enemigos domésticos,» «ocultos asesinos» y «ladrones.» Salpicado de insultos y exhibiendo un desdén fervoroso por «el otro,» este poema alcanza —sin duda— a tocar un límite ideológico. Y mientras Lizardi publica lo que alguien ha llamado «esta malhadada y vilipendiosa delación a la causa revolucionaria» (Chencinsky 41), en *El pensador Mexicano* y en folletos sueltos sigue defendiendo —«paradójicamente»— la constitución de Cádiz, la enseñanza gratuita, y la libertad de imprenta.³

Para Chencinsky: «Todo esto manifiesta una contradicción desconcertante en la posición de Fernández de Lizardi, quien, por una parte, rechaza la violencia insurgente y, por la otra, coincide, sin proponérselo, con algunas de las aspiraciones fundamentales del movi-

2 Poco antes de apoyar a Iturbide, Lizardi no acalla su rechazo a la Revolución. En 1821 escribe en el *Chamorro*: «Hoy necesita mucho América de España y ésta de aquélla» (2)...«reflexiono que siempre es muy temible y arriesgado el tránsito violento de una clase a otra de gobierno, aun cuando este paso se da con orden, con auxilios y con ilustración. ¿Qué será cuando se da sin nada de ésto? ... Una anarquía general, precursora de unas guerras civiles mucho más crueles que todas las pasadas» (19).

3 En ningún otro panfleto la desvinculación entre clase media y realidad histórico-política es más evidente que en el «Proyecto sobre libertad de imprenta» (1821) en el que Lizardi propone una «paradójica libertad» sujeta a determinadas restricciones: «Todo ciudadano —escribe— será libre para imprimir y publicar sus ideas, sean las que fueren, como no se opongan a lo siguiente: 1) Nadie podrá escribir sobre la religión en punto a dogma bajo pena (de destierro permanente de América y de sus islas adyacentes; multa de seis mil pesos al impresor y pérdida de su imprenta). 2) Nadie podrá escribir impunemente contra nuestro sistema de Independencia, so pena de sufrir los castigos señalados en la segunda pena (destierro perpetuo y/o pérdida de todos los bienes del autor). 3) Nadie injuriará a ninguna nación ni a ningún particular sin exponerse a sufrir castigo designado por el tribunal de injurias» (Proyecto sobre libertad de imprenta 3). Para rematar, Lizardi culmina su propuesta libertaria sugiriendo la formación de una «Junta celadora de la pureza del dogma.» Después de leer con cuidado este documento, el lector no puede sino preguntarse en qué se diferencia el proyecto de libertad restringida propuesto por Lizardi y la inquisición que castiga sus efusiones reformistas salpicadas en la prensa de la Nueva España?

miento [independentista]» (42). Poco convincentemente Urbina atribuye este doble discurso a la «sutil malicia» del Pensador. Otros críticos, por su parte, tienden a disculpar «tales contrastes» ratificando la «congénita ingenuidad» política de Lizardi. Sea como sea, acaso las inconstancias o «dobles juegos» del Pensador Mexicano dan cuenta del desplazamiento y exclusión que experimentó la «clase media colonial» en ese momento crucial que marca el pasaje de la Nueva España dependiente y colonial a un México políticamente independiente y económicamente moderno. Acaso fue Luis Villoro el que describe con mayor lucidez ese no-lugar al que pareció relegado el criollo en semejante encrucijada: «el euro-criollo tratará de adoptar a la realidad social una teoría inadecuada» [mientras] «la tentativa del criollo de clase media será exactamente la inversa: negar la realidad existente para elevarla a la altura de la teoría que proyecta» (26). Producto típico de la transición —lo que en este caso no es posible desestimar— en Lizardi coexisten, sin pensarse como incompatibles o excluyentes, la aspiración a la libertad (entendida en un sentido utópico o platónico) y la admiración por Fernando VII, un principismo liberal y moralizante y la fe católica que se piensa a sí misma como ortodoxa.

Defensor del *status quo* regalista que sabía amenazado, publica entonces la primera composición que se le conoce: «Polaca en honor de nuestro Católico Monarca el Señor Don Fernando Séptimo»—un poema circunstancial que celebra la llegada del monarca al trono de España y despeja las dudas acerca de la posición de su autor ante los primeros brotes revolucionarios: «Sospechoso para los españoles y gravemente criticado por los patriotas, Lizardi, entonces como en el resto de su vida —llegó a afirmar Caillet-Bois— se nos dibuja como personaje elusivo, huraño y airadamente solitario» (9).

Pero lo que este primer poema tiene de interés, no lo tiene de excepcional. Sin duda no es en este tipo de poesía cargada de amaneramientos culteranos y versos entorpecidos por los dictados de la preceptiva francesa sino en la producción satírica ligera donde hay que buscar lo mejor de su humor «escatológico» (el adjetivo es de Urbina), o la agudeza que encarna en audaz protesta social, o el afán moralizante que brota de un didactismo que hizo suyo los mandatos del sentencioso lema neoclásico *docere ridendo*. Fueron también esos mismos

OBRAS CITADAS

- Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1970.
- Baudelaire, Charles. *The painter of Modern Life and Other Essays*. London: Phaidon Press, 1964.
- Brushwood, John S. *Mexico in Its Novel: A Nation Search for Identity*. Austin: University of Texas Press, 1966.
- Caillet-Bois, Julio. «Introducción.» José Joaquín Fernández de Lizardi. *Don Catrín de la Fachenda*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1972. 8-25.
- Chencinsky, Jacobo. «Estudio Preliminar.» Fernández de Lizardi, José Joaquín. *Obras. I. Poesías y Fábulas*. México: UNAM, 1963. 7-75.
- Compton, Timothy G. *Mexican Picaresque Narratives*. London: Bucknell University Press, 1997.
- De Alba-Koch, Beatriz. «Enlightened Absolutism» and Utopian Thought: Fernández de Lizardi and Reform in New Spain.» *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 24.2 (2000): 295-306.
- Franco, Jean. «La heterogenidad peligrosa: Escritura y control social en vísperas de la independencia mexicana.» *Hispanamérica* 34/35 (1983): 3-34.
- González Obregón, Luis. *José Joaquín Fernández de Lizardi (El Pensador Mexicano): Apuntes biográficos y bibliográficos*. México: Oficina Tipográfica de la Oficina de Fomento, 1888.
- Hadlock, Philip. «The Other Other: Baudelaire, Melancholia, and the Dandy.» *Nineteenth-Century French Studies* 30.1&2. (Fall-Winter 2001-2002): 58-67.
- Íñigo Madrigal, Luis. «José Fernández de Lizardi (1776-1827). Luis Íñigo Madrigal, Ed. *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Tomo II. Madrid: Cátedra, 1987.
- Kristeva, Julia. *Black Sun. Depression and Melancholia*. Traductor Leon S. Rudiez. New York: Columbia U P, 1989.

- Ludmer, Josefina. *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires: Perfil, 1999.
- Monsiváis, Carlos. «Léperos y catrines, nacos y yupis.» HYPERLINK «<http://www.mty.itesm.mx/dhcs/deptos/ri/ri-802/lecturas/nvas.lecs/sal/leperos.html>» <http://www.mty.itesm.mx/dhcs/deptos/ri/ri-802/lecturas/nvas.lecs/sal/leperos.html>
- Palazón, María Rosa. «La nobleza pícara o *Don Catrín de la Fachenda*.» *Nuevo Texto Crítico* 8 (1991): 159-72.
- Rea Spell, Jefferson. *The life and works of José Joaquín Fernández de Lizardi*. Philadelphia: University of Pennsylvania, 1931.
- Reyes, Alfonso. *Simpatías y diferencias*. Vol. 2. México: Porrúa, 1945. 143-55.
- Salomon, Noel. «La crítica del sistema colonial de la Nueva España en *El Periquillo Sarniento*.» *Cuadernos Americanos* 138.1 (1965): 167-179.
- Sartre, Jean-Paul. *Baudelaire*. Paris: Gallimard, 1975.
- Shumway, Nicolas. «*Don Catrín de la Fachenda* and Lizardi's Crisis of Moral Authority. *Revista de Estudios Hispánicos* 30 (1996): 361-373.
- Sontag, Susan. *Illness as Metaphor*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1977.
- Tablada, Juan José. *La feria de la vida (Memorias)*. México: Ediciones Botas, 1937.
- Urbina, Luis G. *Antología del centenario, estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de independencia*. México: Impresora de M. León Sánchez, 1910.
- Villoro, Luis. «La Revolución de Independencia.» *Historia general de México*. Tomo 2. Ed. Daniel Cosío Villegas. México: El Colegio de México, 1988: 591-644.
- Vogele, Nancy. «A Latin American Enlightenment Version of the Picaresque: Lizardi's *Don Catrín de la Fachenda*.» Benito-Vessels y Michael Zappala, Eds. *The Picaresque: A Symposium on the Rogue's Tale*. Newark, N.J.: University of Delaware Press, 1994.
- Wold, Ruth. *El Diario de México. Primer cotidiano de Nueva España*. Madrid: Editorial Gredos, 1970.

DON CATRÍN
DE LA FACHENDA

CAPÍTULO I

EN EL QUE HACE LA APOLOGÍA DE SU OBRA, Y DA RAZÓN DE SU
PATRIA, PADRES, NACIMIENTO Y PRIMERA EDUCACIÓN

Sería yo el hombre más indolente, y me haría acreedor a las execraciones del universo, si privara a mis compañeros y amigos de este precioso librito, en cuya composición me he alambicado los sesos, apurando mis no vulgares talentos, mi vasta erudición, y mi estilo sublime y sentencioso.

No, no se gloriará en lo de adelante mi compañero y amigo el Periquillo Sarniento,¹ de que su obra halló tan buena acogida en este reino; porque la mía, descargada de episodios inoportunos, de digresiones fastidiosas, de moralidades cansadas, y reducida a un solo tomito en octavo, se hará desde luego más apreciable y más legible: andará no solo de mano en mano, de faltriquera² en faltriquera, y de almohadilla en almohadilla; sino de ciudad en ciudad, de reino en reino, de nación en nación, y no parará sino después que se hayan hecho de ella mil y mil impresiones en los cuatro ángulos de la tierra.

Sí, amigos catrines³ y compañeros míos: esta obra famosa correrá..., dije mal, volará en las alas de su fama por todas partes de la tierra habitada y aun de la inhabitada: se imprimirá en los idiomas español, inglés, francés, alemán, italiano, arábigo, tártaro, etc., y todo hijo de Adán, sin exceptuar uno solo, al oír el sonoro y apacible nombre de don Catrín, su único, su eruditísimo autor, rendirá la cerviz, y confesará su mérito recomendable.

¿Y cómo no ha de ser así cuando el objeto que me propongo es de

1 *Periquillo Sarniento*: Protagonista de la primera novela de José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarniento*, publicada en 1916 y generalmente considerada la primera novela latinoamericana.

2 *Faltriquera*: Bolsillo o bolsa que llevan colgando las mujeres a la cintura.

3 *Catrín*: Mejicanismo. Petimetre, dandy. La Real Academia Española también registra el uso en Centro América y México como adjetivo con la acepción de «Bien vestido, engalanado.»

los más interesantes, y los medios de los más sólidos y eficaces? El objeto es aumentar el número de los catrines; y el medio, proponerles mi vida por modelo... He aquí en dos palabras todo lo que el lector deseará saber acerca de los designios que he tenido para escribir mi vida; pero ¿qué vida? la de un caballero ilustre por su cuna, sapientísimo por sus letras, opulento por sus riquezas, ejemplar por su conducta y héroe por todos sus cuatro costados; pero basta de exordio, *operibus credite*.⁴ Atendend.

Nací, para ejemplo y honra vuestra, en esta opulenta y populosa ciudad por los años de 1790 ó 91, de manera que cuando escribo mi vida tendré de treinta a treinta y un años, edad florida, y en la que no se debían esperar unos frutos de literatura y moralidad tan maduros como los vais a ver en el discurso de esta obrita. Pero como cada siglo suele producir un héroe, me tocó a mí ser el prodigio del siglo dieciocho en que nací, como digo, de padres tan ilustres como el César, tan buenos y condescendientes como yo los hubiera apetecido aun antes de existir, y tan cabales catrines que en nada desmerezco su linaje.

Mis padres, pues, limpios de toda mala raza, y también de toda riqueza, ¡propensión de los hombres de mérito!, me educaron según los educaron a ellos, y yo salí igualmente aprovechado.

Aunque os digo que mis padres fueron pobres, no os significo que fueron miserables. Mi madre llevó en dote al lado de mi padre dos muchachos y tres mil pesos: los dos muchachos, hijos clandestinos de un título, y los tres mil pesos hijos también suyos, pues se los regaló para que los mantuviera. Mi padre todo lo sabía; pero ¿cómo no había de disimular dos muchachos plateados⁵ con tres mil patacones⁶ de las Indias? Desde aquí os manifiesto lo ilustre de mi cuna, el mérito de mamá y el honor acrisolado de mi padre; pero no quiero gloriarme de estas cosas: los árboles genealógicos que adornan los brillantes libros de mis ejecutorias, y los puestos que ocuparon mis beneméritos ascendientes en las dos lucidísimas carreras de las armas y las letras, me pondrán *usque in aeternum*⁷ a cubierto de las notas de vano y sospechoso, cuando os aseguro a fe de caballero don Catrín que soy noble, ilustre y distinguido, por activa, por pasiva y por impersonal.

4 *Operibus credite*: Frase del Evangelio de San Juan «Dad crédito a las obras» (Jn,10,38).

5 *Plateado*: Bañado de plata; adinerado. Hace referencia al color y material de la moneda de plata.

6 *Patacones*: Moneda de una onza de plata.

7 *Usque in aeternum*: Lat. «Para siempre.»

Mas, volviendo al asunto de mi historia, digo que por la ceguedad de la fortuna nací, a lo menos, con tal cual decencia y proporciones, las que sirvieren para que mi primera educación hubiera sido brillante.

No había en mi casa tesoros, pero sí las monedas necesarias para criarme, como se me crió con el mayor chiqueo.⁸ Nada se me negaba de cuanto yo quería: todo se me alababa, aunque les causara disgusto a las visitas. A la edad de doce años, los criados andaban debajo de mis pies, y mis padres tenían que suplicarme muchas veces el que yo no los reconviniera con enojo: ¡tanta era su virtud, tal su prudencia y tan grande el amor que me tenían!

Por contemporizar con un tío cura, eterno pegote y mi declarado enemigo *ab ineunte aetate*,⁹ o desde mis primeros años, me pusieron en la escuela, o mejor decir, en las escuelas, pues varié a lo menos como catorce; porque en unas descalabraba a los muchachos, en otras me ponía con el maestro, en éstas retozaba todo el día, en aquéllas faltaba cuatro o cinco a la semana, y en éstas y las otras aprendí a leer; la doctrina cristiana según el catecismo de Ripalda;¹⁰ a contar alguna cosa, y a escribir mal, porque yo me tenía por rico, y mis amigos los catrines me decían que era muy indecente para los nobles tan bien educados como yo el tener una letra gallarda, ni conocer los groseros signos de la estrafalaria ortografía. Yo no necesitaba tan buenos consejos para huir las necias preocupaciones de estos que se dicen sensatos, y así procuré leer y contar mal, y escribir peor.

¿Qué se me da, amados catrines, parientes, amigos y compañeros míos, qué se me da, repito, de leer así o asado: de sumar veinte y once son treinta y seis; y de escribir, *el cura de Tacubaya salió a casar conejos*¹¹? Dícenme que esto es un disparate: que los curas no casan conejos sino hombres racionales: que cazar con z significa en nuestro idioma castellano matar o coger algún animal con alguna arma o ardid, y casar con s es lo mismo que autorizar la liga que el hombre y la mujer se echan al contraer el respetable y santo sacramento del matrimonio. ¿Qué se me da, vuelvo a deciros, de éstas y semejantes importunas reconvenções? Nada a la verdad, nada seguramente; porque yo he

8 *Chiqueo*: Mej. Mimo, halago.

9 *Ab ineunte aetate*: Lat., «desde la más tierna edad.»

10 Se refiere al *Catecismo* utilizado para enseñar la doctrina cristiana y las primeras letras tanto en castellano como en lenguas indígenas. Su autor, Jerónimo Martínez de Ripalda de la Compañía de Jesús lo publicó en 1616.

11 Juego de palabras que alude al fenómeno lingüístico del seseo propio de Latinoamérica (i.e., casar vs. cazar).

tratado y visto murmurar a muchos ricos que escribían de los perros; pero a vuelta de estas murmuraciones los veía adular, y recomendar por los más hábiles pendolistas¹² del universo; lo que me hace creer, queridos míos, que todo el mérito y habilidad del hombre consiste en saber adquirir y conservar el fruto de los cerros de América.

Tan aprovechado como os digo, salí de la escuela, y mis padres me pusieron en el colegio para que estudiara, porque decían los buenos señores que un don Catrín no debía aprender ningún oficio, pues eso sería envilecerse; y así que estudiara en todo caso para que algún día fuera ministro de Estado, o por lo menos patriarca de las Indias.

Yo en ese tiempo era más humilde o tenía menos conocimiento de mi mérito, y así no pensaba en honras ni vanidades, sino en jugar todo el día, en divertirme y pasarme buena vida.

Los maestros impertinentes me reñían, y me obligaban a estudiar algunos ratos, y en éstos..., ¡lo que es un talento agigantado!, en estos cortos ratos estudié a fuerza, aprendí la gramática de Nebrija¹³ y toda la latinidad de Cicerón en dos por tres; pero con tal felicidad, que era la alegría de mis condiscipulos y la emulación de mis cansados preceptores. Aquéllos reían siempre que yo construía un verso de Virgilio o de Horacio, y éstos se rebanaban las tripas de envidia al oírme hacer régimen de una oración, porque yo les hacía ver a cada paso lo limitado de sus talentos y lo excesivo del mío.

Me decían, por ejemplo, que *ego, mei*, no tenía vocativo, y yo les decía que era fácil ponérselo, y necesario el que lo tuviera, pues no teniendo vocativo, no se podrá poner en latín esta oración: *¡Oh yo el más infeliz de los nacidos!*, y poniéndole el vocativo *ego*, diremos: *O ego infelicior natorum*, y ya está vencida esta dificultad, y se podrán vencer así iguales injusticias y mezquindades de los gramáticos antiguos.

La oposición que hice a toda gramática fue de lo más lucido; ni uno hubo que no se tendiera de risa al oírme construir aquel trilladísimo verso de Virgilio.

Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi,¹⁴ que volví al castellano de este modo:

Tu recubans, tú amarrarás; *Tityre*, a los títeres; *patulae*, de las patas;

12 *Pendolista*: Persona que escribe elegantemente.

13 Se refiere a la Gramática de la lengua castellana publicada por el humanista español Antonio de Nebrija en 1492 y considerada la «primera gramática de un idioma europeo moderno.»

14 «Títero, tú, recostado a la sombra de un haya frondosa» (Virgilio, *Egloga* I, 1)

fagi, con una faja; *sub tegmine*, bajo de ciertos términos. Todos se reían, celebrando, ya se ve, mi habilidad; pero los maestros se ponían colorados, y aun me querían comer con los ojos desde sus sillas; ¡tanta era la envidia que los agitaba! Pero, en fin, yo recogí mis galas, mis padres quedaron muy contentos y me pusieron a estudiar filosofía.

En esta facultad salí tan aprovechado como en gramática. A los dos meses ya argüía yo en bárbara¹⁵ que era un pasmo, y tenía un *ergo*¹⁶ tan retumbante, que hacía estremecer las robustas columnas del colegio, siempre con asombro de mis condiscípulos y bastante envidia de mis maestros.

Una ocasión, arguyendo con un rancio peripatético¹⁷ que defendía la existencia de cierto animal llamado ente entre sus antiguos patronos ente de razón, después de varias cosas que le dije, añadí este silogismo concluyente: *Si per alicujus actus eficeretur entis ratio, maxime per huic: per huic non; ergo per nullius*.¹⁸ Las mesas y bancas de la clase resonaron con el palmoteo de los colegiales, que ya con su desentonada risa no dejaron proseguir el argumento; el sustentante me dio un apretado abrazo, y medio real de carita, diciéndome: «Tenga usted el gusto de que es más fácil concebir un ente de razón que poner otro silogismo en un latín tan cresco¹⁹ y elegante». Todos me aplaudieron, todos me celebraron ese día, y no faltó quien escribiera el silogismo con letras de oro, y lo pusiera sobre las puertas de la aula con este mote: *Ad perpetuam rei memoriam, et ad nostri Catrinis gloriam*;²⁰ que resuelto a romance quería decir: «Para gloria de la memoria de la historia latinoria del ilustrísimo Catrín, que es de los nuestros Catrines». ¿Qué os parece, amigos y compañeros, no os admira mi habilidad en tan pocos años?; ¿no os espanta mi fama tan temprana?; ¿no os ejemplariza mi conducta? Pues imitadme, y lograréis iguales aplausos.

Así pasaron los dos años y medio del curso de artes, en los que tuve el alto honor de haber cursado la Universidad y el colegio con enteras aprobaciones de mis catedráticos y concolegas.²¹

Al cabo de este tiempo, por parecerme poco premio, no quise ob-

15 *Bárbara*: Según la escolástica es la primera figura de la silogística.

16 *Ergo*: Griego, por lo tanto. En sentido figurado, se refiere al discurso lógico.

17 *Peripatético*: Que sigue la doctrina o filosofía de Aristóteles.

18 Frase en un latín sin traducción posible. El autor quiere mostrar con esto la ignorancia arrogante de Don Catrín.

19 *Cresco*: Se refiere al estilo artificioso, oscuro y difícil de entender.

20 «A la memoria de este hecho y a la gloria de nuestro Catrín.»

21 *Concolegas*: Colegas.

tener el primer lugar *in rectum* que me ofrecían, y me contenté con el grado de bachiller, que le costó a mi padre treinta y tantos pesos, me parece, y aun éste lo admití porque ya sabía yo cuan necesario es ser bachiller en artes para adquirir los grados de licenciado, doctor y maestro; y como ser bachiller en artes es *conditio sine qua non*, me fue preciso bachillerear contra mi gusto.

Sin embargo, con mi gran título y dieciocho años auestas, me divertía en las vacaciones que tuve, pasando el tiempo con mis compañeros y amigos, que eran muchos, y tan instruidos y tan buenos como yo.

Así que al tío cura le pareció que ya perdía demasiado tiempo, instó a mis padres para que me volvieran a soterrar en el colegio a estudiar facultad mayor; pero les dijo que consultaran con mi inclinación para que se procediera con acierto.

Yo tenía muy poca o ninguna gana de continuar una carrera tan pesada como la de las letras, por dos poderosísimas razones; la primera, por no sufrir la envidia que los maestros me tenían al ver cómo descollaban mis talentos; y la segunda, porque ya me consideraba bastante instruido con el estudio que tenía hecho, para disputar de cualquiera ciencia con el mismo Salomón.²²

Resuelto de esta manera, le dije a mi padre que no quería continuar en los estudios, porque las ciencias no eran sino unas charlatanerías inoportunas, que no proporcionaban a los hombres sino aflicciones de espíritu, quebraderos de cabeza y ningún premio; pues para un medio sabio que cogía el fruto de sus tareas literarias al cabo de los años mil, había novecientos arrinconados en el olvido y la miseria.

Mi padre tenía talento; pero como reconocía muchas ventajas en el mío, se encogió de hombros como quien se sorprende, y no hizo más sino trasladar la respuesta a la noticia de mi pesado tío el cura, con quien, por esta causa, tuve una molesta disertación, como veréis en el capítulo que sigue.

22 *Salomón*: Rey de Israel y de Judea. Hombre de una sabiduría legendaria.

CAPÍTULO 2

DESCRIBE LA FIGURA DE SU TÍO EL CURA, Y DA RAZÓN DE LO QUE
CONVERSÓ CON ÉL Y CON SU AMIGO PRECIOSO, Y SUS RESULTAS

¡Qué cierto es que si no hubiera entrometidos en las familias, andaría todo con más orden!; pero estos comedidos consejeros muchas veces llevan a las casas la discordia.

Mi buen tío era el cura de Jalatlaco, que habréis oído nombrar varias ocasiones en este reino. Se apuraba por lo que no debía, y aun los cuidados más ajenos lo tenían macilento y extenuado: ¿qué sería cuando juzgaba que el mal recaía inmediatamente sobre alguno de sus parientes? ¡Dios de mi alma!, entonces todo era para él sustos, temores y congojas: no había consejo que no diera, ni diligencia que no practicara, para evitar que sintiera el mal que amenazaba. Algunas veces se salía con la suya a fuerza de regaños y sermones; pero en otras, que eran las más, predicaba en desierto, y todo se quedaba como siempre.

Así le sucedió conmigo. Un día..., pero os pintaré primero su figura, para que conozcáis cuan diferentes serían sus pensamientos de los míos; porque si por el fruto se conoce el árbol, por el exterior suele conocerse el carácter de los hombres.

Era, pues, mi buen tío un clérigo viejo como de sesenta años de edad, alto, flaco, descolorido, de un rostro venerable, y de un mirar serio y apacible: los años habían emblanquecido sus cabellos, y sus estudios y enfermedades, consumiendo su salud, despoblaron de dientes sus encías, llenaron de arrugas el cutis de su cara, y opacaron la vista de sus ojos que eran azules, y se guarecían debajo de una hermosa pestaña y grande ceja; sin embargo, en su espaciosa frente se leía la serenidad de una buena conciencia, si es que las buenas conciencias se

pintan en las frentes anchas y desmedidas calvas: sus discursos eran concertados, y las palabras con que los profería eran dulces y a veces ásperas, como lo fueron siempre para mí: su traje siempre fue trazado por la modestia y humildad propia del carácter que tenía; sus manos con su corazón estaban abiertas al indigente, y todo lo que le rindió su curato lo invirtió en el socorro de sus pobres feligreses, con cuyas circunstancias se hizo generalmente amable de cuantos le trataron, menos de mí, que a la verdad no lo tragaba, porque a título de mi tío y de que me quería mucho, era mi constante pedagogo, mi fiscal vigilante y mi perpetuo regañón. ¡Pobre de mí si no hubiera sido por mis amantes padres!, me consume sin duda el señor cura, y me convierte en un misántropo aborrecible o en un anacoreta repentino; pero mis padres, que santa gloria hayan, me amaban más que el tío, y me libaban con modo de su impertinencia. Más valía un no quiero de mi boca, dicho con resolución a mi madre, que veinte sermones de mi tío: ella y mi padre inmediatamente que me veían disgustado, condescendían con mi voluntad y trataban de serenarme. Esto es saber cumplir con las obligaciones de padre de familia; así se crían los hijos, y así salen ellos capaces de honrar su memoria eternamente.

Un día, iba diciendo, me llamó a solas el pesado tío, y me dijo: Catrín, ¿por qué no quieres continuar tus estudios? Mal o bien, ya has comenzado la carrera de las letras; pero nadie se corona ni alcanza el lauro²³ si no llega al término prescrito. Es verdad que los estudios son fastidiosos al principio; pero no es menos cierto que sus frutos son demasiado dulces, e indefectiblemente se perciben. Conque, ¿por qué no quieres continuar?

Señor —le contesté—, porque estoy satisfecho de la inutilidad de las ciencias, de lo mal que se premia a los sabios, y porqué ya sé lo necesario con el estudio que he tenido y la varia lectura a que me he dedicado.

¿Cómo es eso —decía el cura—, explícate, qué casta de varia lectura ha sido ésa? Porque si es igual a tus ponderados estudios, seguramente que nada puede aprovecharte.

Nada menos que eso —le respondí—: he leído una enciclopedia entera, el *Quijote* de Cervantes, el *Gil Blas*,²⁴ las *Veladas de la*

23 *Lauro*: laurel. En sentido figurado, gloria, triunfo.

24 *Gil Blas* (*L'Histoire de Gil Blas de Santillane*): novela picaresca escrita por Alain René Lesage (1668-1747) entre 1715 y 1735. Relata la vida de un pícaro español que, nacido en la miseria, alcanza una vida honesta y holgada después de servir a varios amos de distintos grupos sociales.

quinta,²⁵ el *Viajero universal*,²⁶ el *Teatro crítico*,²⁷ el *Viaje al parnaso*,²⁸ y un celemín²⁹ de comedias y entremeses.

Por cierto que has leído mucho y bueno para creerte un sabio consumado; pero sábetete para tu confusión, que no pasas de un necio presumido que aumentarás con tus pedanterías el número de los sabios aparentes o eruditos a la violeta.³⁰ ¿Qué es eso de que las ciencias son inútiles? ¿Qué me puedes decir acerca de esto que yo no sepa? Dirásme, sí, que las ciencias son muy difíciles de adquirirse, aun después de un estudio dilatado; porque toda la vida del hombre, aunque pase de cien años, no basta a comprender un solo ramo de las ciencias en toda su extensión. Solo Dios es el omniscio³¹ universal o el ser a quien nada se le esconde; pero el hombre finito y limitado apenas llega, al cabo de mil afanes, a saber algo más de lo que ignora el resto de sus semejantes. De manera que yo convendré contigo en confesar que no hay, ni ha habido ni habrá sobre la faz de la tierra un solo hombre completamente sabio en teología, jurisprudencia, medicina, química, astronomía, ni en ninguna otra facultad de las que conocemos y entendemos; mas esto lo que prueba es que el hombre es limitado por más que haga; pero no que es imposible subir a la cumbre de las ciencias, y mucho menos que éstas sean inútiles en sí.

¿Qué más dirías si supieras que a mediados del siglo pasado el filósofo de Ginebra, el gran Juan Santiago Rousseau, escribió un discurso probando en él que las ciencias se oponían a la práctica de las virtudes, y engendraban en sus profesores una inclinación hacia los vicios, cuyo discurso premió la academia de Dijón en Francia³²? En-

25 *Veladas de la quinta* (*Les veillées au Château ou Tours de morale a l'usage des enfants*). Obra escrita en 1784 por Stephanie-Félicie Ducrest de Saint-Aubin, condesa de Genlis, y traducida al español en 1788, es una colección de fábulas morales para niños.

26 *Viajero Universal, o noticia del mundo antiguo y nuevo*. Obra en 43 tomos compuesta por el abate Joseph la Porte y traducida al español por Pedro Estala entre los años 1795 y 1801.

27 *Teatro crítico universal* (1726-39). Obra en 8 volúmenes escrita por Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764). En esta colección de ensayos filosóficos, científicos y literarios está representado el pensamiento iluminista más avanzado de la época.

28 *Viaje al Parnaso* (1614). Poema en 8 cantos escrito por Miguel de Cervantes (1547-1616).

29 *Celemín*: medida antigua para granos equivalente a 4,6 litros. (12 celemines = 1 fanega)

30 *Eruditos a la violeta*: Expresión lexicalizada que alude a los que pretenden ser cultos. Deriva del título de una obra de José Cadalso publicada en 1772 donde se critica la erudición superficial y decorativa.

31 *Omniscio*: que tiene omnisciencia. Fig., que posee sabiduría.

32 Se refiere en *Discours sur les Sciences et les Arts* de Jean-Jacques Rousseau premiado por la Academia de Dijon en 1750 y refutado posteriormente por el Padre Feijoo. En contraste con *El Periquillo*, Lizardi menciona en esta obra a Rousseau a pesar de las sucesivas prohibiciones (en 1794, 1802 y 1810) en México de los libros del llamado «Ruso.»

tonces tú, como tan mal instruido, creerías haber parado al sol en su carrera; pero no, hijo mío: este gran talento abusó de él para probar una paradoja ridícula. Él quiso probar en este discurso que las ciencias eran perniciosas, después que había recomendado su provecho, después que les tomó el sabor, y logró hacer su nombre inmortal por ellas mismas. A tanto llega la vanidad del hombre. Rousseau defendió con su elocuencia un delirio que él mismo condenaba dentro de su corazón; y esta elocuencia fue tan grande, que alucinó a los sabios de una academia respetable, en términos de adjudicarle premio por lo que merecía desaires; pero esto mismo prueba hasta dónde puede llegar la utilidad de las ciencias, pues si el arte de decir hace recomendable lo necio, ¿qué será si se aplica a lo útil y provechoso?

Dirásme también, como ya lo dijiste, que la suerte de los sabios es infeliz, y que por uno que premia el mundo, hay mil a quienes abate o persigue; pero esto no depende de las ciencias, sino del trastorno de las ideas, y de otras cosas que tú no entenderás aunque te las explique; mas sin embargo de esto, el sabio jamás deja de percibir en sí mismo el fruto de sus tareas. El hombre ignorante, aunque sea rico, no puede comprar con ningún oro las satisfacciones que puede gozar el sabio, aun en medio de su desgracia. El primero tendrá quien le adule para extraerle algo de lo que esconde; pero el segundo tendrá quien le aprecie, quien le ame y alabe con relación a su mérito real y no a otra cosa. Últimamente, el necio se llamará dichoso mientras sea rico: el sabio lo será realmente en medio de la desgracia si junta la ilustración y la virtud. Por esto dijo sabiamente Cicerón que «todos los placeres de la vida ni son propios de todos los tiempos, ni de todas las edades y lugares; pero las letras son el aumento de la juventud, y la alegría de la vejez; ellas nos suministran brillantez en la prosperidad, y sirven de recurso y consuelo en la adversidad.»³³ De aquí debes inferir que jamás son inútiles las ciencias: que los sabios siempre perciben el fruto de sus tareas, y que si quieres lograr tú alguno, es necesario que continúes lo comenzado. Esto te digo por tu bien: haz lo que quieras, que ya eres grande.

Diciendo esto el buen cura, se marchó sin esperar respuesta, dejándome bien amostazado³⁴ con su sermón impertinente.

33 *Marco Tulio Cicerón* (106-43 a.C). Uno de los oradores más elocuentes de Roma. La cita probablemente provenga de *Pro Archia*.

34 *Amostazado*: irritado, enojado.

Yo por disipar un poco el mal rato, tomé mi capa, y me fui a comunicar mis cuitas con un íntimo amigo que tenía, llamado Precioso, joven no solo fino, sino afiligranado,³⁵ de una erudición asombrosa, de unas costumbres ejemplares y cortado enteramente a mi medida.

Cuando entré a su casa, estaba sentado frente a su tocador, dándose color en las mejillas con no sé qué menjurje.³⁶ Luego que me vio, me hizo los cumplimientos necesarios, y me preguntó por el motivo de mi visita. Yo le dije todo lo pasado, añadiendo: ya ves, amigo, que la carrera de las letras es larga, fastidiosa y poco segura para vivir en este reino: si pienso en colocarme de meritorio en una oficina, tal vez, al cabo de servir de balde cinco o seis años, y cuando vaque³⁷ una plaza de empleado en la que yo deba colar, se aparece un don Fulano cargado de recomendaciones, me lo encajan encima, y me quedo en la calle; o cuando esto no sea, mi forma de letra es tan corriente, que es imposible la entiendan si no son los boticarios viejos; motivo justo para que no piense en ser oficinista. Si se me presenta el comercio como un giro acomodado para vivir, lo abandono por indecente a la nobleza de mi cuna, pues ya tú ves que un don Catrín no debe aspirar a ser traperero, ni mucho menos a embutirse tras de una taberna, o tras de un mostrador de aceite y vinagre. Pensar en irme a acomodar de administrador de alguna hacienda de campo, es quimera, pues a más de que no tengo instrucción en eso, el oficio de labrador se queda para los indios, gañanes,³⁸ y otras gentes como éstas sin principios: conque yo no sé qué carrera emprender que me proporcione dinero, honor y poco trabajo.

En muy poca agua te ahogas –me contestó Precioso–. ¿Hay cosa más fácil que ser militar?, ¿pues por qué no piensas en ello? La carrera no puede ser más lucida: en ella se trabaja poco y se pasea mucho, y el rey paga siempre a proporción del grado que se obtiene.

Es verdad –le dije–, me acomoda tu dictamen; pero hay una suma dificultad que vencer, y es que yo..., pues, no soy cobarde; pero como no estoy acostumbrado a pleitos ni pendencias, me parece que no sé cómo me he de presentar en campaña al frente del enemigo. No, no soy capaz de derramar la sangre de mis semejantes, ni menos de exponerme a que se derrame la mía; soy muy sensible.

35 *Afiligranado*: se refiere a una persona muy delicada y de exquisita educación.

36 *Menjurje*: menjunje. Mezcla que se aplica sobre la piel.

37 *Vacar*: Producirse una vacante.

38 *Gañán*: Mozo de labranza.

Ya te entiendo —me respondió Precioso—, tú serás muy sensible o muy miedoso; pero yo te juro que como escapes de las primeras escaramuzas, tú perderás el miedo y la sensibilidad muy en breve; todo es hacerse. Conque anda, empeña a tu padre en que te ponga los cordones³⁹ de mi propio regimiento, y verás qué videta nos raspamos⁴⁰.

Las sanas doctrinas de mis amigos tenían mucho ascendiente sobre mi corazón. Al momento adopté el parecer de Precioso, y me volví a mi casa loco de contento, resuelto a ser cadete a toda costa.

No me costó mucho trabajo, pues aunque al principio se resistía mi padre, alegando que estaba pobre, y que no podía sostenerme con el decoro conveniente a la clase distinguida de cadete; yo insté, porfié y reñí por último, con mi madre, la que por no verme encolerizado, me ofreció que obligaría a mi padre a darme gusto más que se quedarán sin colchón.

No fueron vanas las promesas, porque mi madre hizo tanto, que al día siguiente ya mi padre mudó de parecer, y me preguntó que de qué regimiento quería ser cadete; y habiendo sabido

que del mismo de donde lo era don Precioso, me aseguró que dentro de ocho días me pondría los cordones. Así se verificó, según os voy a contar en capítulo separado.

39 *Cordones*: Pl. Divisa que los militares llevan colgando del hombro derecho, consistente en un cordón de oro ó plata cuyas puntas rematan en dos borlas.

40 *Que videta nos raspamos*: que buena vida nos damos.